

sía, vestida de la gracia de los neumas, encarnada en la historia fulgurante de imágenes, sensibilizada en metáforas.

Y por si alguna cosa quedaba oscura, venía después el comentario para esclarecerla. Es la homilía de los orientales, el sermón de las iglesias de Occidente. Lo mismo que hoy, el sermón seguía al Evangelio y versaba casi siempre sobre alguno de los textos que se acababan de leer. No había Misa solemne sin sermón, y recordamos que en los primeros tiempos de la Iglesia todas las Misas eran solemnes. La exposición de la palabra divina estaba reservada al obispo, el cual podía delegar en algún clérigo que se distinguía por su doctrina y su elocuencia. A principios del siglo III, un simple diácono, pero escritor excelso, Orígenes, tenía esta misión en la iglesia de Alejandría, y gracias a ella poseemos un gran tesoro literario del cristianismo primitivo. En cierta ocasión, después de una larga lectura de la *Biblia*, Orígenes subió al púlpito y empezó su discurso con estas palabras: «Varios son los pasajes del libro de los Reyes que acabamos de oír: la fuga de David ante la cólera del rey Saúl, el capítulo que nos describe la escena de la pitonisa y el que nos habla de la magnanimidad del hijo de Isaí, cuando encontró a Saúl dormido en su tienda. Si hubiera de explicar todos estos episodios, me alargaría demasiado. Ruego, pues, a nuestro obispo qué pasaje debo explicar.» El prelado escogió el segundo de los temas enunciados, y Orígenes, que por lo visto estaba dispuesto a hablar de todo con

la misma maestría, pronunció un discurso famoso sobre la pitonisa de Endor.

A esta costumbre de la primitiva Iglesia debemos una gran parte de las obras maestras de nuestra patrología: los Sermones de San Agustín, el Exameron de San Basilio y el de San Ambrosio, las Homilías de San Juan Crisóstomo, los Morales de San Gregorio Magno y la mayor parte de los comentarios de la Sagrada Escritura. El pueblo escuchaba de pie, lo cual no dejaba de ser algo incómodo, aun para los más animosos, pues con frecuencia los discursos se extendían desmesuradamente. San Agustín tiene un opúsculo delicioso, intitulado *De catechizandis rudibus*, en que se nos reflejan las varias actitudes de los agentes frente al orador sagrado. A veces, el público asiente con entusiasmo o aplaude ruidosamente; no sabe disimular la impresión de gozo cuando ha visto brotar súbitamente una frase feliz o encenderse una idea luminosa como un relámpago. Pero si el sermón se prolonga, bosteza, se duerme y llega a faltar al respeto al orador, pidiendo que acabe cuanto antes. «Al advertir el cansancio —dice el obispo de Hipona—, debemos despertar la atención desfalleciente, sea con alguna palabra honestamente regocijada, sea con alguna anécdota viva o conmovedora, sea viniendo en ayuda de la concurrencia, invitándola a sentarse, e imitando en celo a algunas iglesias del otro lado del mar, donde, si los obispos tienen sus cátedras, no faltan tampoco asientos para los fieles.»

